

Primero que nada, gracias, Marcial, por invitarme a presentar Museo del Tiempo y otras ficciones en tu editorial, Ficticia, que es también la mía, porque tengo el privilegio de ser uno de los autores de tu catálogo. Saludo a mis compañeros de mesa y a todos ustedes.

Hace unos años estaba tomando una clase en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, mi Facultad, para los alumnos de Letras Clásicas, en la que mi amigo José Manuel Redondo, astrólogo, tarotista y doctor en filosofía, nos explicaba que para los griegos había cuatro clases de conocimiento legítimo: el conocimiento lógico, los sueños, la inspiración y los ritos, es decir, el conocimiento que surge de la experiencia vivida. Nos decía también que los griegos utilizaban cualquiera de estas posibilidades, dependiendo de las circunstancias. Veían a los sueños no como fantasía, sino como una sugerencia o una orden de los dioses; a la inspiración como un descenso del espíritu de los dioses a la conciencia humana, a los rituales como una manera de vivir la experiencia sin teorizarla y, claro, utilizaban el conocimiento lógico para lo que demandaba ESE tipo de conocimiento.

Por otra parte, el psicólogo Erik Erikson, en su famoso libro Juguetes y Razón, postula que es igual de importante el juego, con su significado ritual, que el pensamiento, que da estructura y límites.

Ahora bien, la diferencia entre los griegos y nosotros es que para la civilización actual los rituales, los sueños, la inspiración son fantasía, pensamiento mágico. Y no tienen valor, lo que tiene valor es lo que es demostrable, comprobable, medible.

En los cuatro cuentos que componen el libro de Marcial, el pensamiento mágico y la imaginación invaden la realidad. En el primero, Museo del tiempo, los personajes, gracias a un reloj, saben en qué momento van a morir. Recuerdo haber leído, en aquellas grandiosas ediciones de Canetti en Muchnick, una obra de teatro en la que el nombre de cada personaje era el número de años que iba a vivir. Así, 32, si tenía 29, sabía que le quedaban tres y así sucesivamente. En la obra de Canetti y en el cuento de Marcial el personaje principal, por supuesto, es el tiempo. El final es sorpresivo y deslumbrante. Me recordó también una frase de la genial Karen Dinesen, la baronesa Blixen: "Dios hizo el horizonte curvo, para que no pudiéramos ver demasiado lejos".

El segundo cuento, El descubrimiento del siglo, traza con fina ironía una crítica a una serie de fantasías que, en este caso, no pasan de ser eso, fantasías. Pienso en los reptilianos, los pleyadianos, los arturianos, los seres intraterrenos y demás parafernalia en la que muchos creen. Me recuerda cuando era adolescente mis lecturas de los libros del teósofo Allan Kardec, El libro de los médiums y El libro de los espíritus. Recuerdo que los espíritus tenían unas jerarquías que se parecían mucho a las de un ejército, lo que ya me colocaba en un sospechosismo... ¿Cómo pueden ser los espíritus tan jerárquicos? ¿Qué pasa si transgreden los límites? ¿Los castigan? ¿Cómo?

Ahora, aunque parezca que me contradigo, quiero oponer a lo anterior un esoterismo serio. Pienso en el francés René Guenón y en quienes han estudiado de manera sistemática los

llamados estados alterados de conciencia de los que surgen fenómenos como la videncia, la sanación, la percepción del pasado y del futuro... Recuerdo el libro 49 movimientos, de Fernando Solana Olivares, quien en nuestro ámbito cultural ha trabajado de manera seria el budismo y la conciencia, desde una visión que une la antropología, el pensamiento y la literatura. En lo personal, estoy convencido de que hay universos simbólicos, como la astrología, y mancias, como el tarot o el I Ching, que en personas con conocimiento -o con un talento especial- ofrecen resultados sorprendentes en la interpretación del presente y en la visión del futuro. Lo vivo cada día, porque me dedico a eso, entre otras cosas. Recuerdo haber estado en Delfos, junto a la piedra de la pitonisa, y bueno, fue un momento feliz, no porque haya tenido alguna revelación, sino porque los oráculos me encantan y les tengo respeto.

El tercer cuento, La abogada del diablo, me recordó aquellas historias tan de moda hace unas décadas de Pirandello y otros, donde los personajes se rebelan en contra de su autor. Aquí, más bien, dialogan, y lo hacen con un sentido del humor casi de Ibarra. Ahora bien, el motivo serio -otra vez ese adjetivo- es que el autor dialoga con los personajes, pero el autor es un personaje de Marcial, lo que crea un juego de espejos, un sistema de reflejos donde lo único que es verdadero, a fin de cuentas, son las palabras que componen el relato, no lo que ellas representan.

El último cuento nos habla de los idls, que le dan al personaje principal la capacidad de ganar en el casino sin tener posibilidad alguna de perder. Bueno, como se lee en el cuento, esa es una gran idea si uno pudiera jugar una tarde, quebrar el Casino y largarse, pero las cosas no son así de sencillas, como descubrirá el lector. Ahora bien, lo importante es que los seres que propician esto, los idls, son como los trolls, esos seres que se pusieron de moda hace unos diez años y dejaron de estarlo porque, según algunos, cobraban vida. No se rían. A fin de cuentas, creo que todos, o casi todos, tenemos o hemos tenido algún objeto, una piedra, un amuleto, una fotografía, a la que le concedemos algún poder para protegernos, darnos ánimo o, simplemente, ponernos de buenas.

Ya no voy a hablar casi nada más, no se preocupen. Querido Marcial: me gustó tu libro. Jugar con planos de la realidad, con seres como los idls y el abominable hombre de las nieves, jugar con el tiempo y con el azar, requieren de las cualidades que posees como escritor: imaginación, ironía, un adecuado ritmo narrativo, una astuta manera de dosificar la información, una prosa precisa. Termino citando a Lawrence Durrell, con una frase que estoy seguro los dos suscribimos: "No escribo para aquellos que jamás se han preguntado donde comienza la vida real".

José Antonio Lugo

Leído en la presentación del libro Museo del tiempo y otras ficciones, del escritor Marcial Fernández, en la cantina Covadonga, el jueves 11 de julio de 2019.